

La oración de intercesión

Lectura bíblica: He. 7:25; Ro. 8:26-27, 34; Hch. 12:5; Col. 1:9; 4:2

I. En Su ministerio celestial Cristo intercede, y nosotros debemos responder a Su intercesión—He. 7:25; Ro. 8:34; Col. 3:1-2:

- A. En Romanos 8:34 vemos que Cristo intercede por nosotros para que seamos glorificados (vs. 17, 30), y en Hebreos 7:25 vemos que Cristo intercede por nosotros para que seamos salvos por completo; ser salvos por completo es equivalente a la glorificación.
- B. Cristo es nuestro Sumo Sacerdote, según el orden de Melquisedec, que intercede por nosotros—5:10; 7:24-26:
 - 1. Cristo murió por nosotros, fue resucitado y ahora está en los cielos intercediendo por nosotros y cuidando de nosotros; Dios lo designó para que cuidara de nosotros, y Él ahora nos cuida al interceder por nosotros—Ro. 8:34.
 - 2. Como Aquel que intercede por nosotros, el Señor puede salvarnos por completo, esto es, íntegramente, enteramente, perfectamente, por todo el tiempo y por la eternidad y hasta el fin—He. 7:25.
 - 3. Cristo toma nuestro caso intercediendo por nosotros; Él se presenta delante de Dios a nuestro favor y ora por nosotros para que seamos salvos e introducidos completamente en el propósito eterno de Dios—1 Jn. 2:1; He. 9:24; Ef. 1:11; 3:11; 2 Ti. 1:9.
- C. La intercesión de Cristo requiere una respuesta de parte nuestra; debemos ser en la tierra un reflejo de la intercesión que Cristo realiza en Su ministerio celestial, ofreciendo las mismas oraciones del Cristo que intercede—Ro. 8:26-27, 34.

II. Si hemos de responder a la intercesión celestial de Cristo, es preciso que conozcamos el significado del altar de oro del incienso—Éx. 30:1-10:

- A. El altar del incienso es un tipo, no de la oración de Cristo, sino de Su persona; es decir, representa al Cristo que ora, al Cristo que intercede—He. 7:25.
- B. El altar del incienso representa a Cristo como el Intercesor, quien hace que la relación entre Dios y Su pueblo se mantenga; sin este Cristo intercesor, la relación apropiada entre Dios y nosotros no existiría ni pudiera mantenerse—Éx. 30:1-6; He. 7:25; Ro. 8:34; 1 Jn. 2:1.
- C. Hoy en día el intercesor no es simplemente Cristo, sino Cristo con Su Cuerpo; como miembros del Cuerpo de Cristo, debemos participar en la vida intercesora de Cristo al orar en Él como el altar de oro del incienso—Ro. 8:26-27, 34; Ef. 6:18-19; Col. 1:9; 4:3, 12:
 - 1. Después de Su resurrección y ascensión, el Cristo individual llegó a ser el Cristo corporativo; por lo tanto, hoy delante de Dios no sólo intercede el Cristo individual, sino que el Cristo corporativo, la Cabeza con el Cuerpo, también está intercediendo—1 Co. 12:12; Hch. 12:5, 12.
 - 2. Cristo, la Cabeza, está intercediendo en los cielos, y la iglesia, el Cuerpo, está intercediendo en la tierra—Ro. 8:34; He. 7:25; Hch. 12:5, 12.
 - 3. Nosotros, como miembros de Cristo y partes del Cristo-Cuerpo, cooperamos con Cristo en Su ministerio de intercesión, llevando a cabo Su intercesión en nuestras oraciones de intercesión—Ro. 8:26-27, 34; He. 7:25; 1 Ti. 2:1.

III. El Espíritu que intercede nos ayuda, se compadece de nosotros, nos sostiene, nos consuela y nos brinda Su apoyo al interceder por nosotros—Ro. 8:26-27:

- A. El Espíritu, que mora en nosotros, nos ayuda en nuestra debilidad; en particular, la debilidad mencionada en Romanos 8:26 se refiere a la debilidad en relación con la oración:
 - 1. Debido a que somos débiles en lo que se refiere a los intereses de Dios y a las cosas divinas, y no sabemos qué clase de oración desea Dios, el Espíritu que mora en nosotros opera en nuestro interior para ayudarnos en nuestra debilidad con respecto a la oración.
 - 2. El Espíritu se une a nosotros para ayudarnos “de igual manera”; sea cual sea nuestra condición, Él es lo mismo que nosotros—v. 26a.
 - 3. El Espíritu nos ayuda en cualquier situación en que nos encontremos, pues conoce nuestras necesidades, problemas, flaquezas y se compadece de nosotros, nos brinda Su apoyo y nos sostiene.
- B. El Espíritu intercede por nosotros con gemidos de igual manera que nosotros—v. 26b:
 - 1. Aparentemente son nuestros gemidos, pero en realidad es el Espíritu que gime en nuestros gemidos.
 - 2. Mientras nosotros gemimos desde lo profundo de nuestro espíritu, el Espíritu, quien mora en nuestro espíritu, se une a nuestros gemidos, intercediendo en nuestro favor principalmente para que seamos transformados en vida y así crezcamos en vida hasta la madurez.
- C. A medida que el Espíritu opera interiormente para ayudarnos en nuestras debilidades e interceder por nosotros, Él infunde en nuestra oración Su mente, la cual es conforme a Dios—v. 27:
 - 1. Efesios 4:23 habla acerca del espíritu de la mente, mientras que Romanos 8:27 habla de la mente [la intención] del Espíritu; el espíritu de la mente tiene como fin la renovación, mientras que la mente del Espíritu tiene como fin la intercesión.
 - 2. La mente del Espíritu se mezcla con nuestra mente; el resultado de poner nuestra mente en el espíritu es que ella llega a ser uno con la mente del Espíritu—vs. 6, 27.

IV. En Hechos 12 tenemos la oración intercesora de la iglesia, y en Colosenses 1:9-11 la oración intercesora del apóstol Pablo:

- A. Cuando Pedro estaba en la cárcel, “la iglesia hacía ferviente oración a Dios por él”—Hch. 12:5:
 - 1. Detrás de la escena visible, se libraba una batalla entre huestes espirituales, una batalla entre Dios y Su enemigo, Satanás—vs. 4-6.
 - 2. Por medio de la oración, la iglesia peleó la batalla junto con Dios en contra de Satanás, el maligno—vs. 5-23.
- B. Pablo oró pidiendo que los santos fueran “llenos del pleno conocimiento de Su voluntad en toda sabiduría e inteligencia espiritual”—Col. 1:9:
 - 1. Aquí la voluntad de Dios está relacionada con el Cristo todo-inclusivo como nuestra porción—v. 12.
 - 2. La voluntad de Dios es profunda, pues se refiere a que conozcamos, experimentemos y vivamos al Cristo todo-inclusivo; la voluntad de Dios es que nosotros conozcamos a Cristo, experimentemos a Cristo, disfrutemos a Cristo, vivamos a Cristo y permitamos que Cristo llegue a ser nuestra vida y nuestra persona—Fil. 3:7-10; 1:21a; Col. 3:4; Ef. 3:17a.

V. Debemos perseverar en la oración y responder a la intercesión de Cristo al buscar las cosas de arriba y fijando nuestra mente en ellas—Col. 4:2; 3:1-2.